

Don Cristóbal, habían irritado de una manera alarmante el tímido espíritu de los indígenas. Don Pedro Margarite, que recibió orden de recorrer la provincia de Cibao, además de haber tolerado las violencias que cometía su gente en las tranquilas poblaciones, había desobedecido también con descaro las prudentes reprensiones del consejo de gobierno; y temiendo sin duda alguna la aplicación del castigo á su obstinada defección, se había embarcado con algunos revoltosos para España, en los mismos buques que trajo Don Bartolomé Colón. Todos los vasallos de los grandes señores Guarinoex, Caonabó, Behechio é Higüanamá, tomaron las armas para destruir á cuantos españoles hubiese en la isla; y los soldados, entregados á su propia suerte por la fuga de Don Pedro Margarite, se habían esparcido desordenadamente por las provincias, y fueron los primeros en ser víctimas de sus atrocidades y deshonestidades. Caonabó no tardó en poner sitio á la fortaleza de Santo Tomás, y aun pretendió apoderarse á viva fuerza de la Isabela. Todos los caciques se hallaban en plena rebelión.

El almirante se puso en campaña á los cuatro meses de enfermedad. Lo auxiliaban únicamente los súbditos del rey Guacanagari, cuya adhesión á los cristianos le había atraído la odiosidad de todo el país. No tardó en ser derrotado el cacique Guatiguana, señor de la provincia de Macorix, que había matado á sangre fría á diez cristianos, é incendiado una casa donde había cuarenta enfermos. Los prisioneros de esta campaña fueron enviados á Castilla en calidad de esclavos. De tal modo empezaron á hacerse respetables las armas de los castellanos.

Caonabó, el mas valiente y poderoso de los reyes de la isla, habría trastornado con sus súbditos los escuadrones cristianos, si un feliz ardid de la guerra no hubiera domado su soberbia entre cadenas. Sabiendo el almirante lo estimado que era el latón entre los indígenas, al que nombraban *turey* (cielo) de Vizcaya, determinó enviarle un presente de este metal con Alonso de Ojeda. El militar español montó á caballo acompañado de nueve soldados; llegó á los pocos dias á Maguaná que distaria de la Isabela sesenta leguas, y desde luego obtuvo licencia para entrar en la habitación de Caonabó. Alonso de Ojeda le besó respetuosamente las manos, le mostró como presentes unos grillos y esposas de latón muy bien bruñidos, le manifestó que los reyes de Castilla los usaban en los bailes, y le invitó por último á que fuese á bañarse antes de ponérselos. Creyendo Caonabó de buena fé cuanto le había dicho el español, á los pocos dias fué muy descuidado con él al río Yaquí; y tan pronto como se hubo bañado y refrescado, Alonso de Ojeda le montó en su caballo, le puso los grillos y las esposas, y lo condujo prisionero hasta el campo de los cristianos. El almirante lo guardó muchos dias entre cadenas, temiendo que pudiera escapársele de otro modo, aunque siempre se hallaba bajo la vigilancia de sus guardas. Colón

determinó enviarlo por último á Castilla en calidad de prisionero de guerra; pero una horrorosa tormenta que sobrevino al poco tiempo de estar embarcado, destruyó los pocos buques que habia en el puerto, y sepultó al infeliz cautivo en el abismo de los mares.

Derrota de un ejército de indios en la Española: el almirante regresa por segunda vez á Castilla. (1495). Aunque la prision de Caonabó fué una pérdida irreparable para los naturales del país, no por eso desmayó entre ellos el deseo de venganza que habían concebido contra los castellanos. Al principio de este año apareció en la Vega Real, no muy lejos de la Isabela, un ejército de cien mil indios que militaban bajo las órdenes de varios reyes y caciques de esta parte de la isla, como también de algunos hermanos de Caonabó. El almirante, habiendo salido á su encuentro con doscientos infantes, veinte caballos y veinte perros de presa, se introdujo con bastante desnudo por enmedio de la multitud, y á las pocas horas de combate derrotó á los enemigos, haciéndoles muchos muertos y prisioneros, los cuales quedaron reducidos á la esclavitud. Nueve meses continuados empleó en domar el orgullo de los reyes y caciques; y los que antes gozaban de completa libertad bajo el hermoso cielo de su patria, tuvieron que hacerse tributarios para recibir en cambio los beneficios del cristianismo y civilización. He aquí el modo como se ordenaron los tributos: los vecinos mayores de catorce años, tanto de la provincia de Cibao como de la Vega Real, debían satisfacer por trimestre un pequeño cascabel lleno de oro; las demás personas una arroba de algodón por cabeza; y el rey Manicateg, señor de muchos vasallos, el valor en oro de ciento cincuenta pesos cada mes. Los anteriores tributos causaron triste impresión en el ánimo de los indígenas; pues determinaron abandonar sus poblaciones y fueron á vivir enmedio de los montes con sus mugeres é hijos; pero ni así pudieron escaparse de la persecución y continua hostilidad de los castellanos. El tributo duró muy poco tiempo; porque la escasa industria de los isleños, no era posible que satisficiera á los deseos del almirante.

Don Pedro Margarite, de cuya insubordinación hemos hablado, tan pronto como se presentó con sus compañeros en la corte de los reyes católicos, se propuso desacreditar de todos modos la acrisolada conducta del almirante. En consecuencia recibió Juan Aguado, repostero de su magestad, la comisión de investigar por sí mismo los pormenores de este asunto. El enviado castellano llegó á la Española cuando el almirante se hallaba en campaña contra los indios; y de luego á luego comenzó á ejercer varios actos impolíticos y arbitrarios, que ni correspondían al noble desempeño de su delicada comisión, ni tampoco fueron conformes á la buena acogida que le dió el almirante cuando estuvo de regreso en el puerto. Estos actos de arbitrariedad no solo dieron valor á muchos descontentos, sino que también desprestigiaron el respeto debido á la autori-

dad de Colon; pero viéndose éste á cada paso intervenido en los menores actos de su jurisdiccion, determinó ir á Castilla á defenderse de las calumnias que contra él se habian levantado. Mas antes de su partida cuidó de asegurar los intereses reales, como cumplia á la lealtad de sus caballerosos sentimientos. En consecuencia mandó construir algunas fortalezas en varias provincias sometidas á su obediencia, y les puso por alcaldes aquellos individuos que consideró á propósito por su talento y energía para el desempeño de tan difíciles funciones. Al mismo tiempo estableció una colonia en las tierras del Bonaó, cuyas minas se hicieron despues, recomendables por la abundancia de su oro. Por último tomó todas las providencias necesarias para el sostenimiento de la conquista, dejando por capitán general de la isla á Don Bartolomé Colon, y para reemplazarlo en caso imprevisto le nombró por sustituto á su hermano Don Diego.

Fundacion de la ciudad de Santo Domingo: derrota del rey Guarinoex (1496). Los monarcas de Castilla hicieron justicia al almirante tan luego como se presentó en su córte, de modo que las calumniosas informaciones de Juan Aguado no produjeron efecto alguno; pues los reyes Don Fernando y Doña Isabel, satisfechos de la acrisolada conducta de Colon, tuvieron con él, varias conferencias para tratar acerca del porvenir de sus nuevas colonias. Con tal motivo se acordó el establecimiento de trescientos treinta hombres, los cuales debian servir en la Española pagados por las cajas reales; el de algunos religiosos que predicasen la ley del cristianismo á los naturales de las Indias; y el repartimiento de las tierras á los que desearan avecindarse en estas lejanas regiones, reservando de ellas el oro, plata y brasil para los reyes de Castilla. Tambien se concedió á las personas que quisieran ir por su cuenta á trabajar las minas, la tercera parte de todo el oro que sacasen de ellas; aliciente que promovió sobremanera el espíritu de la emigracion. Los extranjeros no podian formar parte de la colonizacion; pero nada se acordó de mas peligrosas consecuencias al buen gobierno de la isla, como el fomento de la poblacion colonial por medio de los malhechores que recibieran su sentencia en España; porque era cimentarla desde su nacimiento sobre bases contrarias á la moral y civilizacion.

Don Cristóbal Colon, que procuraba extender la poblacion castellana por la mayor parte de la isla Española, libró orden á su hermano Don Bartolomé para que saliese á descubrir un puerto hácia el sur; y dado caso que encontrase uno con las necesarias comodidades, despoblase la Isabela para formar en él una nueva colonia. Don Bartolomé salió con la gente mas sana en direccion de las minas de San Cristóbal, que se empezaban á explotar en la provincia del Bonaó; y habiendo encontrado cerca de la costa un hermoso rio, que los indios llamaban Ozama, mandó fabricar en la boca del puerto una buena fortaleza, y á sus inmediaciones empezó á formar la

ciudad de Santo Domingo. La Isabela quedó en consecuencia casi despoblada.

Don Bartolomé se propuso reconocer en seguida el reino de Jaragua, de cuyo estado habia oido decir grandes y admirables cosas. Habiendo emprendido su marcha desde Santo Domingo, tropezó en el rio Neyba con un ejército de indios que militaban bajo las órdenes del rey Bohechio; pero tan luego como éste supo las pacíficas miras del Adelantado, lo recibió con mucho regocijo y fiestas públicas. En Jaragua, que dista sesenta leguas de Santo Domingo, la nobleza le obsequió con grandes bailes y diversiones. Treinta muges del rey, vestidas con faldillas blancas, se pusieron de rodillas delante del gefe español, y le dieron unos ramos verdes que llevaban en la mano. En el palacio real se le festejó con una opípara cena á usanza del pais; y él y sus compañeros durmieron aquella noche en ricas amacas de algodón. Cuando hubieron concluido las fiestas públicas, el Adelantado manifestó al rey que su visita tenia por objeto persuadirlo á que se reconociese tributario de los reyes de Castilla, del mismo modo que lo habian hecho otros señores de la isla. Bohechio se comprometió desde entonces á pagar su tributo en algodón y cazabe (pan de yuca), habiéndose antes excusado de no hacerlo en oro, porque no lo habia en toda la provincia.

El cacique Guarinoex, movido por los clamores de los tributarios de la Vega Real y provincia de Cibao, se puso al frente de quince mil indios y trató de sorprender á los defensores de la fortaleza la Concepcion; pero habiendo sido avisado á tiempo Don Bartolomé, marchó inmediatamente contra ellos, los atacó de improviso en una noche, hizo considerable destrozo en la multitud indisciplinada, aprehendió á Guarinoex y pasó por las armas á los principales promovedores de la rebelion. A los pocos días mandó poner en libertad al cacique; porque sus vasallos lo reclamaron con súplicas y lágrimas á la generosidad del Adelantado. Sin embargo de los triunfos y ascendiente moral que adquirian los castellanos cada dia sobre el pais, el hambre y las enfermedades hacian no poco estrago en sus nacientes poblaciones; motivo por el cual se iba introduciendo el disgusto en el ánimo de algunos revoltosos, que deseaban agravar con nuevos males el lamentable estado de su posicion.

Motin de Francisco Roldan (1497). Mientras Don Bartolomé se hallaba en la provincia de Jaragua, recibiendo los tributos del rey Bohechio, para cuyo efecto habia sido llamado con instancias, el alcalde mayor Francisco Roldan, que de la oscura clase de criado habia ascendido por grado á aquel honorífico puesto, levantó en la colonia el estandarte de la rebelion contra el gobierno de Don Diego, y atrajo á su partido mucha gente trabajadora y algunos marineros. Aunque se valió de pérfidos pretextos para alucinar la ignorancia y mala fé de sus compañeros, el rebelde tenia proyectado apoderarse del mando de la isla, cuya riqueza prometia á su ambicion el goce

de los mal adquiridos bienes de fortuna. Por mas esfuerzos que hizo Don Bartolomé para persuadirlo á que entrase en la obediencia, nada pudo conseguir en obsequio del sosiego público y seguridad de las personas honradas; pues al contrario, si uno de sus amigos no lo hubiera prevenido en tiempo oportuno, los compañeros de Roldan le habrian hecho víctima de sus sanguinarias intenciones. En tales circunstancias se vió obligado á encerrarse con alguna gente en la Concepcion; pues para el crecido número de los rebeldes no podian hacerse respetables las armas del legítimo gobierno. El imprudente y artificioso Roldan, además de su intentona criminal, se atrevió á introducir la alarma y desobediencia en el ya sosegado espíritu de los indígenas; de suerte que si ellos hubieran podido comprender lo útil que era la guerra civil entre sus opresores, los trabajos de muchos meses se habrian concluido por los desórdenes de un solo dia. Entretanto el Adelantado, dejando en plena libertad á los rebeldes, permaneció encerrado por algunos dias dentro de los muros de la fortaleza, y no dejó de emplear en tal estado los medios conciliatorios que creyó convenientes para la conclusion de este desagradable asunto.

Aprehension de los reyes Mayobanex y Guarinoex: tercer viage de Colon al Nuevo-Mundo: su expedicion á Tierra firme y su regreso á la Española (1498). La llegada de dos buques provistos de trabajadores y comestibles, sacó felizmente á Don Bartolomé del triste estado en que se hallaba. Desde luego se puso en marcha con direccion al puerto de Santo Domingo; y aunque Francisco Roldan tuvo intenciones de llegar primero para aprovecharse de lo que traian los buques, creyendo despues prudentemente no verificarlo por que los vecinos de la villa habian permanecido fieles al gobierno, determinó establecer su campo á cinco leguas de ella. Viendo el Adelantado la obstinacion de los rebeldes, que multiplicaban cada dia sus desórdenes, les formó proceso y los declaró traidores á su legítima autoridad.

Mientras tanto los indígenas de la Vega Real sufrían vejaciones tanto de la cuadrilla de Roldan como del partido contrario; motivo por el cual el rey Guarinoex, persona de un natural tranquilo, se refugió al señorío de Mayobanex con la mayor parte de su gente. Los súbditos de este rey que poseia grandes tierras en el norte de la isla, eran conocidos con el nombre de ciguayos, y tenian fama de valientes en todo el territorio. Guarinoex recibió de ellos generosa y franca hospitalidad. Tan pronto como Don Bartolomé tuvo noticia de este alzamiento, se presentó en pocos dias con noventa hombres en la Concepcion; penetró por las altas sierras de los ciguayos; y en un extenso valle, bañado por las aguas de un caudaloso rio, desbarató el numeroso ejército de los indígenas, que procuraron hacer público alarde de su valentía durante el combate. Los ciguayos se retiraron á sus montuosas sierras, y desde allí hostilizaban con sus flechas al

corto número de los guerreros castellanos. Habiendo sabido el Adelantado que el señor de la provincia se hallaba á cuatro leguas de su campo; le mandó decir con un prisionero que cesarian desde luego las hostilidades, dado caso que le entregase prisionera la persona del rey Guarinoex. El noble monarca indígena, dando un singular ejemplo del derecho de gentes, le contestó inmediatamente:—„Decid „á los cristianos que Guarinoex es hombre bueno y virtuoso, que „nunca hizo mal á nadie, y que por esto es digno de compasion; y „que ellos son malos, usurpadores de tierras ajenas, que no quiero „su amistad, sino favorecer á Guarinoex.” Las hostilidades comenzaron de nuevo; y aunque los ciguayos pedian con instancias á su rey la entrega de Guarinoex; como resultado de los tristes efectos de la guerra, aquel tuvo la noble constancia de sostener los sagrados derechos de la hospitalidad, hasta el punto de haberse visto abandonado por sus cobardes súbditos, que fueron á esconderse en el corazón de los montes. Cuando Mayobanex se vió en medio de este triste desamparo, buscó tambien asilo en los bosques con sus parientes y amigos, donde fué aprehendido con motivo de la revelacion de unos cuantos de sus mensajeros, que no pudieron hacerse superiores á los crudos dolores del tormento. El rey Guarinoex cayó en poder de los castellanos á los muy pocos dias. Esta campaña duró mas de tres meses.

El genio de Cristóbal Colon, que habia concebido la esperanza de dar mayor brillo á la gloria de su nombre, no pudo permanecer tranquilo en presencia de los honores y mercedes, que los reyes de Castilla le concedian á manos llenas, sin implorar de su proteccion los recursos necesarios para un tercer viage al Nuevo Mundo. El 30 de mayo, despues de haber triunfado de innumerables obstáculos que se le opusieron, salió de la barra de San Lúcar con seis buques; siguió en su navegacion una latitud mas baja; y descubrió la isla de la Trinidad, el golfo de Paria, la costa nordeste de la América meridional á la embocadura del Orinoco, y la isla de Margarita. El descubrimiento del continente americano se hizo el 1.º de Agosto: ningun navegante habia pisado hasta entonces las playas de la Tierra firme. Cristóbal Colon se imaginó haber encontrado el Paraiso Terrenal en esta parte del mundo, que creyó hallarse situada en el extremo oriental del Asia. A los pocos dias pasó á la Española, donde supo con desagrado la indisciplina y desórdenes de algunos castellanos, que se habian propuesto contribuir á la realizacion de los planes del cabecilla Roldan. Cuando su hermano le hubo informado de todos los sucesos, determinó traerlos á la obediencia por medio de la contemporizacion.

Sumision de Francisco Roldan: expedicion y excesos de Alonso de Ojeda (1499). Muchos dias empleó el almirante en reducir los amotinados á la obediencia; pues el altanero carácter de Roldan, cuyos compañeros se habian acostumbrado á una vida de ocio

y latrocinio en la provincia de Jaragua, sirvió de poderoso obstáculo á cuantos razonables medios se quisieron poner en obra. Al fin, la consideracion de los dias que pasaban sin fruto en el arreglo de estos escandalosos desórdenes, y el temor de que fueran tomando incremento en perjuicio de los intereses de la colonia, produjeron en el ánimo del almirante la íntima persuacion, de que convenia por cualquier medio reconquistar el imperio de la paz. Así es que, bajo condiciones muy poco honrosas al buen nombre de la autoridad ofendida, el cabecilla Roldan se sometió al legítimo gobierno constituido en la isla, habiendo conseguido que se le conservase en el destino de alcalde mayor, y que se diese á sus compañeros el derecho de vecindad y la propiedad de algunas tierras de cultivo. Por este tiempo, merced á los repartimientos de terrenos, habian empezado á establecerse poblaciones en las provincias sometidas; pero el almirante, á pesar de la dulzura de su gobierno paternal, se veia contrariado á cada instante en sus disposiciones, y las mismas autoridades que habia creado, eran las primeras que daban pábulo al descrédito de su prestigio.

Cuando se supo en Castilla el último descubrimiento del almirante, Alonso de Ojeda armó sus buques en Sevilla, y se hizo á la vela para el Nuevo Mundo. Despues de haber navegado á lo largo de la costa de Paria, avanzando hácia el oeste mas de lo que lo habia hecho el almirante, determinó tocar en la Española antes de su regreso á Europa. En esta expedicion iba el aventurero Américo Vespucio, que se valió de artificios para usurpar á Colon la gloria de su descubrimiento, y cuya historia de viage le sirvió para legar á los futuros siglos el recuerdo de sus perfidias y engaños; pues su nombre lo conserva todavia el continente que descubrió el ilustre genovés. Cuando éste creia asegurado el sosiego público en la Española, el capitan Ojeda desembarcó á ochenta leguas del puerto de Santo Domingo, afectando deseos de proveerse de víveres para la tripulacion de sus buques, aunque sus verdaderas intenciones eran tomar indios por esclavos, y abastecerse del palo de tinte que abundaba en dicho punto. Francisco Roldan, de cuyo ascendiente se valió el almirante para evitar mayores escándalos, manifestó en esta ocasion un gran celo por la conservacion del órden; pero al principio quedó satisfecho de las engañosas disculpas que le dió Ojeda, con motivo de haber ido á reconvenirle su desembarco en la isla sin permiso del gobierno, y aun le concedió licencia para que continuara proveyéndose de víveres todo el resto del año. Sin embargo, tan pronto como el comisionado de Colon hubo vuelta la espalda, el capitan Ojeda dió la vela para el golfo de Jaragua, donde empezó á inquietar el ánimo de los naturales con crueldades y latrocinios; y declaró guerra á todos los españoles amigos de la tranquilidad pública, porque no habian querido mezclarse en un plan de conspiracion que tramaba contra el gobierno

del almirante, á pesar de haber pretendido hacer valer sus favores para con el obispo Fonseca, árbitro entonces de las Indias y enemigo declarado de los Colonos. El astuto Roldan le salió al encuentro, desconcertó sus planes y lo ahuyentó de la provincia; de suerte que el capitan Ojeda, despues de cometer algunas depredaciones en las costas, partió con sus esclavos indios para Castilla, donde quedaron sin castigo sus robos y asesinatos. Otros aventureros exploraron la tierra firme en este mismo año; pero no se fijó establecimiento alguno colonial.

La indisciplina de los castellanos se hacia cada vez mas notable en la Española; pues ya no bastaban los medios suaves y persuasivos, ni ya era suficiente el paternal cuidado del supremo gefe de la colonia. No pasaba un mes sin que hubiera señales de rebelion; porque la mayor parte de los colonos, gente arrancada del cieno de los crímenes para formar la poblacion de la Española, no consideraba con respeto la autoridad del almirante, cual sus virtudes y fatigas merecian. Entonces, obligado por las circunstancias, determinó valerse de la fuerza para cubrir la enorme responsabilidad que habia contraído con sus reyes; de suerte que, con motivo de la continuacion de los desórdenes, mandó ahorcar á unos, encerrar á otros en oscuros calabozos, y perseguir á muerte á los que se guarecian en las pacíficas poblaciones de los indios, con el inicuo objeto de hostilizarlos en sus vidas y propiedades. Se hizo necesario que el principio de la fuerza interviniese en los negocios de la colonia.

Prision del almirante y sus hermanos: descubrimiento de las playas del Brasil (1500). Mientras que la isla se hallaba envuelta en medio de estos desagradables desórdenes, los enemigos de Colon se proponian desacreditar desde la metrópoli el buen nombre de su gobierno. A la cabeza de estas maquinaciones se encontraba el obispo Fonseca, ministro de Indias, cuyo ódio á todos los grandes descubridores lo ha hecho notable á los ojos de la historia. Pero los reyes de Castilla, en vez de apoyar las enérgicas disposiciones de su almirante, acordaron poner en otras manos las riendas del gobierno; y al efecto enviaron con el carácter de juez pesquisidor á Francisco Bobadilla, á quien dieron tambien las provisiones de gobernador para que usase de ellas en caso necesario. Francisco Bobadilla, hombre de ruines intenciones, á poco de haber desembarcado en el puerto de Santo Domingo, mandó leer en la puerta de la Iglesia los reales despachos que llevaba consigo; y desde luego reclamó de Don Diego, porque el almirante y el Adelantado se hallaban ausentes á la sazón, la entrega de todos los presos que estuviesen en la fortaleza: reclamó que fué considerado por aquel como ofensivo á las preeminencias de su hermano. Pero al siguiente dia el pesquisidor, habiendo juntado multitud de malcontentos, mandó destruir los cerrojos que guardaban las puertas de la fortaleza, y se apoderó de todos los presos y sentenciados.

Cristóbal Colon supo con admiracion las violentas determinaciones de Bobadilla; pues imposible le parecia que los mismos reyes, á quienes habia servido con la mayor constancia y lealtad, hubiesen trocado repentinamente sus beneficios en insultos y vergonzosos agravios; pero sus preocupaciones acerca de la angusta dignidad de los reyes, le hicieron olvidar los errores é ingratitudes del corazon humano. Cuando Bobadilla se vió reconocido como gobernador de la isla, no tardó en apoderarse de las armas, haciendas y cuanto poseia el almirante; pero éste, tan pronto como supo la calumniosa acusacion que se formalizaba contra su conducta, deponiendo en ella como testigos sus mas declarados enemigos, se puso inmediatamente en camino para el puerto de Santo Domingo; donde en vez de encontrar la completa justificacion de su inocencia, recibió en sus piés los ignominiosos grillos de los criminales, y se le mandó encerrar en un oscuro calabazo de la fortaleza. Igual desgracia cupo en suerte á sus hermanos Don Diego y Don Bartolomé.

Los dias que pasó el almirante en la prision fueron de crueles angustias y sobresaltos; pues sus enemigos se complacieron en insultar de mil maneras la desgracia de su injusta suerte; y aun llegó á temer que Francisco Bobadilla, no contento todavia con su baja y ruin conducta, se propusiera terminar tan vergonzosos padecimientos con el suplicio. De suerte que cuando se le sacó de la prision para enviarlo á Castilla, dirigió al comandante de los buques las siguientes preguntas: „¿Donde me lleva vd., Vallejo?—Al „navío, le contestó.—Vallejo, ¿es verdad?—Lo juro por vida de vuestra señoría.” Estas palabras tranquilizaron su angustiado ánimo; pues habia creído que se le iba á conducir al suplicio.

A fines de Noviembre llegaron los buques al puerto de Cadiz. Alonso de Vallejo usó con el almirante y sus hermanos del mejor tratamiento posible; y como hubiese querido aliviarlos del peso de los grillos, Don Cristóbal no quiso permitirlo hasta que fuese por orden de los católicos reyes. De tal modo con escándalo del mundo entero, se presentó en las costas españolas el ilustre Colon, el primer navegante que osó arribar á las playas de un nuevo continente. La pluma del historiador echa un negro borron sobre la corona de Castilla, cuyos grandes y heróicos hechos han sido notables en muchas épocas; pero en esta vez no supo hacerse superior á las intrigas de los émulos de su almirante, cuyo genio abrió á las riquezas del mundo un nuevo campo, y dió á sus guerreros el medio de adquirir nuevas glorias y conquistas. Las cadenas que pesaron ignominiosamente sobre los piés del almirante, si fueron un efecto de la ignorancia é ingratitud de los hombres, no por eso empañaron su grande y brillante gloria. Cuando se presentó sin grillos en la córte de sus reyes, se le dió cumplida satisfaccion por el agravio que habia recibido; pero ella nunca podrá borrar la odio-

sa mancha de ingratitud, que los católicos monarcas echaron sobre esa época de su reinado.

Los portugueses habian encontrado el paso para la India Oriental por el Cabo de Buena Esperanza. El navegante Alvarez Cabral que partió con trece buques con direccion á aquellos mares, se desvió hácia occidente para evitar los peligrosos vientos y calmas que reinan á lo largo de las costas de África, y descubrió casualmente para la corona de Lisboa las playas del imperio del Brasil. Algunos aventureros españoles exploraron en el siguiente año las costas de Paria y Tierra firme; pero nunca llegaron á establecer en ellas ninguna colonia permanente.

Nicolás de Ovando, gobernador de la Española: cuarto y último viaje de Colon al Nuevo Mundo (1501 á 1505). Habiéndose penetrado Isabel la Católica por la extensa relacion del almirante, á quien apreciaba en mas alto grado que su angusto marido, de las arbitrariedades que habia cometido en su nombre Francisco Bobadilla, determinó conferir las riendas del gobierno de la isla á Nicolás de Ovando, comendador de Lares, é individuo que gozaba de mucha reputacion en la córte. Circunstancias particulares retardaron algunos meses su salida, cuyo tiempo aprovecharon los reyes para darle muy sábias instrucciones sobre el buen gobierno de la isla, no descuidando en ellas todo lo tocante á la conversion, buenas costumbres y bienestar de los naturales; pues una de las cláusulas decia: „Que todos los indios de la Española fuesen libres „de servidumbre, y que no fuesen molestados de alguno; sino que „viviesen como vasallos, libres, gobernados y conservados en justicia, como lo eran los vasallos de los reinos de Castilla; y que „procurase que en la Santa Fé Católica fuesen instruidos”. La reina Isabel de Castilla, que nunca descuidó lo conveniente al buen tratamiento de los indígenas, vió con bastante desagrado los casos de esclavitud que se hicieron notables durante el gobierno del almirante; porque ella, al poner en obra el establecimiento de la colonia, nunca pensó hacer esclavos á los pueblos del Nuevo Mundo, sino que quiso hacerlos partícipes de los adelantos del cristianismo y civilizacion.

Nicolás de Ovando salió de la barra de San Lúcar el 13 de Febrero de 1502, con treinta y un buques y mil quinientos hombres: en esta ocasion se embarcaron diez frailes de San Francisco para establecer en las Indias su orden religiosa, la primera que se conoció en las posesiones americanas. Nicolás de Ovando llegó al puerto de Santo Domingo el 15 de Abril, no sin haber sufrido horrorosa tormenta cerca de las islas Canarias, en la que creyó ser víctima de un naufragio. Los habitantes de la Española lo recibieron con muestras de aprecio y regocijo. Desde luego que tomó posesion del gobierno de la isla, empezó á poner en obra sus instrucciones acerca de la residencia de Bobadilla, y se dedicó á formar causa á los

que se habían amotinado durante la administración del almirante.

Este por su parte, aunque harto cansado á consecuencia de su edad y padecimientos, se preparaba á emprender desde Castilla su cuarto viage al Nuevo Mundo. Salió en efecto el 9 de Mayo de este mismo año, acompañado de su hermano Don Bartolomé, y navegó con favorable viento hasta muy cerca de la Española; pero deseando vender ó cambiar uno de sus buques, ó previendo los efectos de una fuerte tempestad que se preparaba, pidió permiso á Nicolás de Ovando para abrigar sus buques en el puerto de Santo Domingo; pero el comendador tuvo la inhumanidad de no concedérselo.

Al fin determinó guarecerse en Puerto Hermoso; pero como supiese que iba á dar la vela para Castilla la flota de treinta y un buques, mandó decir al gobernador que no la dejase salir en el término de ocho días; porque la tormenta que le había anunciado poco antes, no debía tardar en hacer considerables estragos en las costas. La flota no interrumpió su partida á pesar de tan prudente como generosa advertencia; pero á las cuatro horas de su navegación principió con furia horrorosa una tempestad, cual no habían visto otra los marinos europeos. No se salvó un solo buque; pues todos quedaron sepultados en el profundo abismo del Oceano. La población de Santo Domingo, cuyas casas estaban construidas de madera, desapareció completamente de la otra parte del rio, que fué el primer lugar de su fundación. Bobadilla, Roldán y el cacique Guarinoex, que iban á Castilla en calidad de presos, fueron víctimas del naufragio. De tal modo la Providencia castiga de continuo, sin que intervenga la mano del hombre, las crueldades é injusticias de los seres desnaturalizados. Habiendo tomado el almirante las precauciones que consideró necesarias, tuvo la satisfacción de salvar sus buques con muy pocas averías.

Aunque el comendador Nicolás de Ovando tuvo este cruel comportamiento con el almirante, es preciso confesar que en los primeros días de su gobierno se portó con prudencia y honradez. Al poco tiempo de su llegada á la isla, como hubiesen muerto mil colonos de los que trajo, á consecuencia de una asoladora epidemia de calentura, procuró endulzar en cuanto pudo la suerte de los demás castellanos. No solamente se ocupó en formar una población en Puerto de Plata, despues de haber sometido con las armas á los indios de la provincia de Higüey; que estaba situada en la parte mas oriental de la isla; sino que mandó hacer de nuevo la población de Santo Domingo, destruida por el huracan, en el mismo lugar donde se encuentra en el día; y en ella se construyeron sucesivamente hermosas casas de mampostería, una buena fortaleza, los monasterios de San Francisco, Santo Domingo y la Merced, y el Hospicio de San Nicolás. Casi todo se debió al celo y eficacia del gobernador Ovando.

Cuando el almirante hubo reparado en Puerto Hermoso las cor-

tas averías de sus buques, se dirigió por el extremo oriental de Jamaica á la parte meridional de Cuba; navegó al sudeste de ella, y por espacio de sesenta dias se vió combatido por contrarios vientos y terribles corrientes; descubrió la isla de Pinos á doce leguas del cabo de Honduras; exploró durante el resto del año la costa de esta provincia, la de los Mosquitos y la Costa Rica; y rescató de los indigenas gran cantidad de oro, que le sirvió para formar congeturas sobre la riqueza de aquellas tierras. El almirante se vió en muchos peligros durante esta navegacion. El 3 de Enero de 1503 penetró por el rio de Belén y descubrió mas adelante el de Veragua, nombrado así por los naturales. Habiendo registrado en esta provincia las minas de Uritá, determinó dejar á su hermano Don Bartolomé con ochenta hombres en las márgenes del rio de Belén, mientras que regresaba á Castilla para enviarle mayores fuerzas. Al efecto se construyeron casas de madera con techos de hoja de palma; y se fabricó una gran casa á manera de fortaleza, destinada únicamente para guardar la artillería y municiones. Con motivo de haberse tapado la boca del rio con no poca cantidad de arena, el almirante se vió obligado á suspender por algunos dias el curso de su viage.

Mientras que navegaba por las costas del continente en medio de los peligros y contratiempos, los colonos de la Española resentían las enfermedades del clima y la escasez de las producciones de Castilla. Además de esto, la mucha libertad que los reyes habían concedido á los indigenas, creó en ellos el espíritu de una independencia de ocio y aislamiento; de suerte que, aunque los castellanos les prometiesen los jornales de sus trabajos, mas bien querían vagar por los montes entre necesidades y miserias, que reunirse en rededor de los conquistadores para aprender sus usos y costumbres. Nicolás de Ovando, considerando que por este medio nunca se lograría la conversión de aquellos, consultó sobre este delicado asunto á los reyes de Castilla, los cuales tuvieron á bien establecer como un remedio el uso de los repartimientos. „Que por cuanto deseaban que los indios se convirtiesen á Nuestra Santa Fé y fuesen doctrinados en las cosas de ella, se podia mejor hacer comunicando con los castellanos y tratando con ellos y ayudando los unos á los otros para que la isla se labrase, poblase y aumentasen los frutos de ella, y se cogiese el oro, para que los reinos de Castilla y los vecinos de ellos fuesen aprovechados, mandaban al gobernador Nicolás de Ovando, apremiase á los indios que tratasen y comunicasen con los castellanos, y trabajasen en sus edificios, en coger y sacar oro y otros metales, y en hacer grangerias y mantenimientos para los castellanos, vecinos y moradores de aquella isla; y que hiciese pagar á cada uno el día que trabajase, el jornal y mantenimiento; que segun la calidad de la tierra, de la persona y del oficio, le pareciese que debia haber, mandando á cada cacique

„que tuviese cargo de cierto número de indios, para que los hiciese
 „ir á trabajar adonde fuese menester; para que las fiestas y dias que
 „pareciese, se juntasen á oír misa y ser doctrinados en las cosas de
 „la fé, en los lugares diputados; para que cada cacique acudiese
 „con el número de indios, que se le señalase, á la persona ó perso-
 „nas que él nombrase; para que trabajasen en lo que las tales per-
 „sonas les mandasen, pagándoles el jornal que por él fuese tasado;
 „lo cual hiciesen como personas libres, como lo eran, y no como sier-
 „vos, y que hiciesen que fuesen bien tratados; y los que de ellos
 „fuesen cristianos, mejor que los otros; y que no consintiese ni die-
 „se lugar que ninguna persona les hiciese mal, ni daño, ni otro de-
 „sagrinado alguno (1).” Desde entonces se dió á cada castellano
 cincuenta ó cien indios, que trabajaban en las minas por seis ú ocho
 meses y eran doctrinados en la religion evangélica.

El buen gobierno de Nicolás de Ovando, hasta entonces fiel intér-
 prete de las buenas intenciones de la católica reina, introdujo en
 breve algunas mejoras de importancia en el ramo administrativo
 de la isla; se encargó con solicitud de aliviar la infeliz suerte
 de los indígnas; no quiso permitir la introduccion de esclavos negros
 y fundó varios establecimientos de pública utilidad en las nuevas
 poblaciones. En este año tuvo principio la casa de contratacion de
 Sevilla; pues la complicacion de los negocios de la India hicieron
 necesario su establecimiento. Con ella se entendieron en lo sucesi-
 vo los descubridores y traficantes del Nuevo Mundo.

Volvamos á Cristóbal Colon: la detencion de su salida, produci-
 da por la sequedad del rio, salvó la vida á su hermano y compañe-
 ros; pues cuando los naturales de Veragua comprendieron las inten-
 ciones del almirante, en el hecho de dejar establecida la nueva co-
 lonia, cundió por el espíritu de todos el deseo de defender los dere-
 chos de su independiencia amenazada; de suerte que luego que los
 buques del almirante desembocaron trabajosamente por el rio, un
 gran ejército de indígenas cercó las habitaciones del Adelantado, y
 por muchas horas sostuvo reñido combate con el corto número de
 sus fuerzas. Viéndose los castellanos casi perdidos, rompieron á vi-
 va fuerza la confusa línea de uno de los escuadrones enemigos, y
 lograron abrirse paso hasta orillas de una gran playa, donde for-
 maron á toda prisa un baluarte con sus arcas y toneles. Entonces
 comenzó el fuego de la artillería, con cuya metralla pudieron resistir
 á los continuados ataques de los naturales, que redoblaban á cada
 instante el número de sus escuadrones. Ya el almirante se habia
 alejado algunas leguas del rio; pero habiendo retrocedido por la pér-
 dida de una pequeña barca que habian apresado los indígenas, su-
 po con sentimiento la comprometida situacion de su hermano y

(1) Herrera, cap. XI, lib. V. dec. I.

embarcó á todos los castellanos en sus buques; porque no consideró
 prudente empeñar accion alguna con las pocas fuerzas que traia.
 Tras de haber perdido el Adelantado mucha gente, recibió una gra-
 ve herida en la tabla del pecho.

Colon siguió su navegacion hácia levante, llegó al golfo de Da-
 rien y tomó el rumbo del norte en busca de la Española. Un recio
 temporal, que destrozó las proas de dos buques cerca de las playas
 de Cuba, donde logró reparar las averías del mejor modo posible,
 infundió en su trabajado espíritu los temores de un próximo nau-
 fragio. Desde allí combatido siempre por contrarios vientos, se diri-
 gió á la isla de Jamaica; pero conociendo que las bombas no basta-
 ban á contener la entrada de agua en sus buques, que corrian el
 peligro de irse á pique, determinó encallar en el lugar mas inmedia-
 to á las playas de aquella isla. Cuando hubo tomado las precau-
 ciones nesarias para poner en salvo sus navios, los indígenas
 fueron á proveerle abundantemente de los productos del pais, que
 cambiaban gustosos por algunas bagatelas de Castilla; pero no qui-
 so permitir á los castellanos que pusiesen el pié en tierra, porque
 temia que cualquier abuso contra la condescendencia de los natu-
 rales, podria hacer aun mas peligrosa su crítica y aislada situacion.

Considerando que los buques no se hallaban en estado de prose-
 guir el viage hasta la Española, determinó enviar al puerto mas cer-
 cano de esta isla dos canoas, que habia rescatado de los naturales y
 que estaban formadas de un solo madero; á fin de que Nicolás de
 Ovando, á costa de sus rentas atrasadas, le enviase un buque pro-
 visto de todo lo necesario. La navegacion era tan difícil como pe-
 ligrosa; pero el valor y resolucion de dos españoles, con el auxilio
 de algunos remeros indígenas, fueron suficientes á superar los obstá-
 culos de ella. Desde donde habian encallado los buques hasta
 la Española, podia haber la distancia de doscientas leguas poco
 mas ó menos: distancia muy considerable para entregar á merced
 del viento, en tan borrascosos mares, una débil y mal construida
 canoa de los isleños. Al fin los dos castellanos llegaron á la punta
 de San Miguel, extremo occidental de la Española, despues de cua-
 tro dias de penosa navegacion; en seguida pasaron á la provincia
 de Jaragua, donde á la sazón se hallaba Nicolás de Ovando ejer-
 ciendo rigurosos actos de su autoridad; y le entregaron sin dilacion
 alguna las cartas del almirante. El comendador mostró al principio
 sumo placer con la noticia del regreso de su viage; pero como du-
 dase despues de las sinceras palabras del afligido Colon, temió que
 su presencia en la isla volviera á encender los pasados disturbios
 interiores; por cuyo motivo tardó mucho en dar sus órdenes á los
 enviados para que llenasen los deberes de su mision. Por último,
 con pérdida de muchos meses empleados en salvar mil obstáculos,
 salió del puerto de Santo Domingo un buque muy bien provisto de
 comestibles y útiles de navegacion.